

LUISA MURARO

La experiencia de lo divino en la práctica política. Diálogo sobre el libro *El Dios de las mujeres* (horas y HORAS, 2006).*

Presentación de María-Milagros Rivera Garretas:

Muchas gracias por vuestra presencia. Vamos a empezar el acto *La experiencia de lo divino en la práctica política*, un acto a propósito del libro *El Dios de las mujeres*, publicado en Milán en 2003 por Arnoldo Mondadori y traducido al castellano en 2006 en la editorial horas y HORAS de Madrid.

Este acto, como el que hicimos con Lia Cigarini el pasado 29 de mayo, le debe casi todo a las relaciones. Principalmente a la relación política entre Duoda y Luisa Muraro y, también, a la relación entre Duoda y la Llibreria Pròleg, el Centre de Cultura de Dones Francesca Bonnemaison, el Pla d'igualtat dona-home de la Diputació de Barcelona y el Centre d'informació i recursos per a les dones de l'Ajuntament de Barcelona.

Luisa Muraro es filósofa. Muchas hemos leído más de una vez su libro *El orden simbólico de la madre*, y hemos leído también otros muchos textos suyos, publicados en la revista *DUODA*, en los nueve libros de Diótima y en

* Este acto se celebró en Barcelona el 10 de octubre de 2007, en *La Sala* del Espai Francesca Bonnemaison. La traducción y la transcripción son de María-Milagros Rivera Garretas.

otras revistas y libros. Puedo decir por mí que a su escritura le distingue la capacidad de transformar a quien la lee, porque en ella hay un trabajo meticuloso de dar a luz realidad vivida llevando la propia experiencia a la luz. Luisa Muraro fundó, con otras, en 1975, la Librería de mujeres de Milán, que es una tienda y un lugar de la política, y en 1984 la Comunidad filosófica femenina Diótima en la Universidad de Verona.

Ha sido su deseo que este acto tenga la forma de diálogo, de conversación, y así lo vamos a hacer. A pesar de que esta sala es menos propicia que la que usamos en mayo, pero se quedó pequeña y nos dio mucha pena que hubo mujeres que no pudieron entrar. Esta vez tenemos esta distancia pero yo confío en que no sea una distancia que afecte al corazón ni a las ganas de hablar ni a la relación. Yo creo que Luisa lo va a conseguir.

Tenéis la palabra.

Luisa Muraro

Me disculpo por no hablar ni catalán ni castellano. Diré en italiano unas palabras de introducción y después hablaremos juntas porque me interesa profundizar en algunas cosas y yo sola no llego a hacerlo. Lo primero que deseo decir es que la libertad femenina ha hecho históricamente posible cosas que antes no eran posibles. Pero es necesario luchar para que las posibilidades no se cierren y para que la realidad, en consecuencia, se transforme. Pienso que, cuando se abre una posibilidad, es una posibilidad que se ofrece, se ofrece al deseo, a la voluntad, a la iniciativa, a la invención. Si la posibilidad no es acogida, se cierra, desaparece. Entre las cosas que se han vuelto posibles, yo veo que es posible hoy, en la postmodernidad, heredar algo de la gran tradición mística de mujeres y de hombres. Heredar ¿qué? Es difícil responder porque falta el lenguaje. Esas mujeres y hombres de la gran tradición mística vivían en una cultura religiosa y tenían el lenguaje de esta cultura. Esta cultura religiosa ya no existe, por lo que hay que hacer un trabajo de traducción de ese contexto de cultura religiosa a nuestra cultura, a nuestra civilización. Yo contestaré, no obstante, de un

modo muy vago. Es heredar la posibilidad de hacer fiesta, de que haya días de fiesta como los hay en las culturas religiosas; y saber vivir las alegrías y los dolores ajenos, saberlos sentir y vivir. Otra respuesta podría ser aprender a estar siempre de vacaciones, que es una posibilidad de la cultura religiosa más que de la nuestra. Siempre con este lenguaje aproximado, podría ser: el paraíso, que hay otra vida, que no se acaba todo con la muerte. No os propongo que creáis nada, solo digo que ellos creían y decían que hay otra vida, que no terminaba todo con la muerte, y que esto les daba la posibilidad de una alegría que hoy parece perdida.

Mística y política dibujan dos conjuntos de discursos y de prácticas que son totalmente disconformes entre sí. Pero, en la experiencia de muchas mujeres, la disconformidad entre mística y política se atenúa e incluso se borra. Desaparece la distancia. Añado a esto que históricamente conocemos mujeres que fueron al mismo tiempo buscadoras de lo absoluto y políticas. Nombro dos de las más conocidas: Catalina de Siena y Teresa de Jesús. Estas pocas cosas las he dicho solo para decir que el tema de nuestro encuentro no es insensato. El trabajo que sugiero y que tenemos delante es el de acercar la experiencia política y la experiencia mística. ¿Cómo? Pondré un ejemplo. La mística es la búsqueda de la relación directa con Dios, sin intermediarios. En política hay muchas mujeres y algunos hombres que se quejan de la existencia de demasiadas mediaciones, y buscan prácticas más directas. Necesitan contacto, necesitan una política más sencilla y más verdadera. Detestan el juego político, que es todo él como una máquina sin sentido. Aquí hay un punto de contacto en el que podemos acercar la experiencia política y la experiencia mística. También en la idea de la vida encontramos un contacto. En la idea de la vida que tienen muchas mujeres encontramos el deseo de concebir la vida como un don libre, recibido libremente, e incierto, en vez de entenderla como una posesión que es defendida con la multiplicación de derechos. Este don de la vida se custodia con el desarrollo de relaciones libres y confiadas con los demás.

El punto de contacto más importante entre política y mística es la idea de libertad. Es ahí donde la mística tiene una herencia preciosa para nuestra

práctica política. Lo digo a partir de la lectura de autoras y autores de la historia de la mística, una historia que dura hasta hoy, porque sabéis que hay un filón no muy visible pero que sigue vivo.

Pero ¿vale la pena empezar esta búsqueda, explorar este camino? Es mi pregunta, porque tengo amigas, como la propia Lia Cigarini, que me lo preguntan. Yo estoy entre las que piensan que sí, que vale para contrarrestar la tendencia a confinar la palabra de las mujeres dentro de una solicitud de igualdad con los hombres. Hay una tendencia muy fuerte a reducir la expresión de las mujeres a una solicitud de igualdad. Por eso hablo de Dios. Para que se rompa este confinar lo que nosotras tenemos que decir, su más, nuestro deseo, nuestra sabiduría, nuestra voluntad. Su fuente no es el deseo de igualdad sino que es más profunda. Es la cultura moderna la que la confina.

M^a Elisa Varela Rodríguez

Mi pregunta surgió a partir de leer un breve escrito de una mujer israelita, Nurit Peled-Elhanan, que es Premio a la Libertad de Conciencia, en un texto titulado con una frase suya: "*Llamo a la rebelión de las madres* porque pienso que en Occidente la labor de las madres se menosprecia, se ridiculiza". Ante estas palabras, que me alegraron muchísimo, me pregunto si crees que Occidente ha olvidado el origen materno de nuestra civilización, pero que a pesar de este posible olvido vemos que hay señales que nos dan cuenta de que la política de algunas mujeres que perciben su estar y ser en el mundo desde la diferencia de ser mujer, va calando aunque sea lentamente y la llevamos allí donde vamos.

Luisa Muraro

Conozco a Nurit Peled porque mis amigos judíos me hablan de ella y de su obra. Has usado una palabra, "olvido", que un gran filósofo ha atribuido a toda la cultura occidental, el olvido del sentido del ser. En el pasado vinculé

el olvido del sentido del ser con una voluntad de borrar el origen materno. Precisamente la concepción de la vida que tenemos, como derecho y no como don, habla de esta operación simbólica antimaterna. Esto continúa. Tú me preguntas si el feminismo de hoy, o un cierto tipo de feminismo de hoy, es capaz de contrarrestar esa tendencia. Yo no estoy segura. Sé que nosotras trabajamos para -cómo diría- remontarnos al alfabeto de un orden simbólico de la vida, para reencontrar ese alfabeto en la relación materna, y tenemos algunas prácticas políticas y hemos empezado a balbucear un lenguaje que va hacia ahí. Pero la tendencia a la cancelación es muy fuerte. Podríamos decir ¿podemos ofrecer una resistencia eficaz? Pienso que no se trata solo de resistir sino de crear mundo alternativo, y este es uno de los motivos para reencontrar la tradición mística femenina, para contraponer desde nuestro interior, a esa tendencia, algo excesivo, enorme, descabellado, algo ni ordenado ni equilibrado. La palabra “Dios” es un despropósito, un disparate. Como las madres de la Plaza de Mayo, que le dijeron a la dictadura: “Nuestros hijos no han muerto. Nosotras estamos embarazadas de nuestros hijos”. Es algo loco. Pero nada menos que esto, nada menos, cosas de este calibre: esta es mi idea.

Gabriela Napolitana

Sobre unir la mística y la política en la acción política, usted ha recordado figuras que son una herencia muy lejana, como Catalina de Siena, que quizá son difíciles de ver desde la realidad política y social en que vivimos. ¿Cómo ve, en cambio, la figura de Edith Stein, y cómo acertó ella la distancia entre mística y política en la sociedad actual?

Luisa Muraro

Conozco la obra de Edith Stein, sí. Es una filósofa y pensadora clásica clásica, que en un momento de su vida eligió la condición de monja y de contemplativa. Su camino místico es un camino muy especial, porque lo místico en ella no habla, no escribe: es un silencio. Lo que escribió es

filosofía clásica, santo Tomás, Juan de la Cruz, pero siempre reflexionando. Su pasaje místico empieza como un silencio hasta su muerte en Auschwitz. Hay otras místicas en nuestros días, y tú justamente hablas de una contemporánea, pero Edith Stein nos propone el problema, ella vive en nuestro tipo de sociedad y se encuentra con nuestro problema: por un lado la política, por otro la posibilidad de algo más que no encuentra palabras. Estuvo como crucificada, escindida, entre el saber filosófico y una experiencia femenina que no encuentra palabras. Tiene cosas que enseñar, pero a mí más bien me pregunta cosas. Es como un enigma plantado en la historia de las mujeres y en la historia de la Iglesia católica, que le ha hecho santa y doctora de la iglesia. Yo no entro en esta discusión, pero para mí Edith Stein no es doctora de la iglesia, no me habla como tal. Es una de tantas mujeres que nos están pidiendo algo, que nos piden que rompamos con ciertas lógicas y vayamos más allá.

Gloria Luis Peralvo

Desde mi trabajo en Duoda vengo observando en los últimos años entre algunas mujeres con cargos medios y altos de la universidad y de algunas instituciones públicas, que hay reticencias, que a veces llegan a esgrimir la rigidez burocrática como un arma, contra los grupos de mujeres que no se avienen a la política institucional (dictada por los partidos políticos). Esto me parece grave porque aplasta espacios creados para la libertad femenina. ¿Qué es lo que nos está pasando? ¿Han perdido esas mujeres su capacidad simbólica, su capacidad de divino? ¿Cómo evitar perderla nosotras? ¿Cómo evitar que aplaste nuestra capacidad de ser, nuestra capacidad de Dios?

Luisa Muraro

Pienso que el poder se come a todos y todas, y la única vía para escaparse de la capacidad del poder de comerse a todos y todas es volverse indigeribles, volverse carne no comestible por el poder. No me sorprende que haya

mujeres que se dejan devorar por la máquina del poder. Es bastante normal. A ti te digo: no son ellas el problema. Si esas mujeres notas que se te vuelven odiosas, te tienes que parar porque ha entrado en ti algo que te puede envenenar a ti. Es algo que tiene que ver con la máquina del poder, como cuando se saca a relucir a Margaret Thatcher o a la alcaldesa de Milán. Sí, son mujeres de poder, pero no es eso. Ellas son víctimas. El compromiso principal es volverse realmente indigeribles por la máquina del poder. Claro que me puedes preguntar: y eso ¿cómo se hace?

Loredana Cozzi

Me ha interesado mucho lo que decía de las madres de la Plaza de Mayo. He conocido personalmente a la presidenta de las madres, Hebe de Bonafini, y una de las cosas que más me gustó de ella, que era un ama de casa que no había conocido la política, fue la frase: “Nuestros hijos nos parieron”. Con esto quiero decir que a través del dolor conocieron el camino de la política y son en este momento grandes luchadoras, las madres y las abuelas. Se hablaba antes de una señora, esa doctora y santa Stein. Para mí, si hay una mujer que unió la mística y la política es Simone Weil, muerta muy joven, que en un famoso libro habla de los sindicatos y de la lucha desde dentro, nunca desde fuera. Me ha gustado lo que ha dicho de mística hereditaria. Y dice que sus amigas le preguntan si vale la pena empezar a explorar este camino. Usted responde: creo que sí. Estoy de acuerdo con contrarrestar la tendencia a la igualdad aunque, socialmente, en las relaciones, en el maltrato, en los sueldos, no sé. Pienso que entre las mujeres hay una cierta evasión espiritual, necesitamos esta evasión espiritual. Yo me eduqué en un colegio de monjas y para mí la interpretación figurativa de Dios no me ha servido nunca para nada. Decían “padre nuestro que estás en los cielos”, y yo hoy digo siempre “madre nuestra que estás en los cielos”. Por tanto, pienso que como mujer necesito más una evasión espiritual, una explosión de este Dios buscado como una experiencia mística. Hay mujeres que han hecho del feminismo una religión, y también esto es una mística.

Luisa Muraro

Sí, hay siempre personas entre el público que querrían ser la conferencian- te, y es justo, es natural, tienen cosas que decir y las quieren decir y no siempre se les da el tiempo necesario. De lo que usted decía, no es que yo saque a Dios a relucir para romper con la igualdad. No. Hace falta un disparate para impedir que el más femenino, lo que dicen algunas mujeres, sea reducido a una solicitud de igualdad. Me parece humillante que cuando una mujer dice algo que interesa al bien de toda una sociedad, sea escuchada como si estuviera diciendo que también ella quiere un puesto que tienen los hombres. Esto es lo que me da rabia. Nada contra la igualdad, no. Digo que en este momento lo que habla no es envidia femenina del poder de los hombres. En este momento histórico, lo que se ha puesto a hablar es la libertad femenina, que es algo muy distinto. Es posible que en el siglo pasado hubiera un momento en el que de lo que se trataba era de los derechos y de la igualdad entre hombres y mujeres, pero en este momento histórico lo que habla es verdaderamente libertad femeni- na. El punto es que lo sabemos nosotras, que nosotras sabemos que estamos a la altura de lo que vivimos. Porque existe el problema de que no sepamos lo que pasa en el presente. Ahora está pasando algo divino que concierne a la libertad. A veces tengo la impresión de que las mujeres tenemos miedo de lo que nos está sucediendo y de las posibilidades que se nos abren.

Caroline Wilson

Yo quería comentar que hace tiempo que soy muy consciente de que hay algo que llamo Dios -pero que no es necesario llamar Dios o a lo mejor sí- que sabe mejor que yo lo que es mejor para mí. En la vida vivo muchas cosas pero debajo de ellas hay una cuestión de ir aprendiendo, a veces a golpes, a confiar en este algo que llamo Dios. Y noto que puedo dejar que obre en mí, que trabaje en mí, o no dejarle. A veces vivo esta mediación o esta relación en contradicción con mediaciones femeninas. No en conflicto, pero como si hubiera que escuchar a la mediación más de dentro. Otras

veces es en la mediación femenina donde más grande se vive el fruto de esta relación. Entonces, si es así, y si este algo es Dios, creo que se puede hablar de una política de Dios: Dios tiene su propia política. Si lo entiendo bien, tú dices esto en el libro cuando explicas que los movimientos de mujeres eran esto: un empuje divino, un movimiento de lo divino, un empuje, una política de lo divino. Veo que es problemático que esto no se ponga en palabras. La experiencia de libertad que vivo es mayor cuanto más atención presto a este otro más. Mi pregunta es: en la política de las mujeres ¿hay que hacer algo, prácticas, lenguaje? Veo que no es tan difícil llegar a esto, pero hace falta hacer algo para que esto circule.

Luisa Muraro

La idea de una política de Dios me parece audaz y simpática y fuerte: muy antigua, audaz el lenguaje. Pero no puedo decir nada más que una idea de las místicas beguinas que he leído y que toma el maestro Eckhart: la de la generación de Dios en el alma. Dios nace en el alma. Esto es un disparate en el lenguaje de una civilización religiosa. Tú, Caroline, hablas casi sin hacer traducción. Lo que te sugiero es que trabajes en la traducción sin abandonar la idea de la generación de Dios. Sí, se trata de generar a Dios, de hacerlo venir al mundo aquí y ahora. Lo que yo sugiero y pido es que haya traducción de esto a un lenguaje que tu amigas feministas puedan entender y aceptar. Las prácticas políticas de las mujeres –lo he visto escrito en un libro que he leído recientemente, *Las relaciones en la historia de la Europa medieval*– son generadoras, generan. ¿Qué? Ser: hacen ser al ser, de lo que hay. Este es un modo de traducir lo que tú sientes: hay un ser que actúa en ti. La mística, contrariamente a lo que se cree, es muy realista. Manda moverse en la realidad. La mística tiene los pies en el suelo. Tiene la cabeza en el cielo pero los pies en la tierra. No sé por qué te lo digo a ti, Caroline, en vez de habérselo dicho a otra pero, resumiendo, este trabajo de traducción es la tarea que tenemos delante si creemos que vale la pena, y tú lo crees.

Remei Arnaus i Morral

En primer lugar, gracias, Luisa, por este libro precioso y hermoso que nos regalas. Me ha sugerido una pregunta. Escribes que hay una libertad que se convierte en capacidad de fiarse de las otras y de los otros en aquel párrafo tan bonito en el que dices: *Hay una libertad que no está escrita en la Constitución porque no es un derecho, que se practica sin afectación y, por eso, no se nota, que los libros de filosofía ignoran y muchos toman por indiferencia, pero se equivocan. Yo la he conocido en la sociedad femenina que se ha ido constituyendo a raíz del movimiento feminista. Es la libertad del afán de investigar, demostrar o testimoniar la existencia de Dios (o su contrario). Es una libertad que se convierte, o se puede convertir, en capacidad de fiarse de otras, de otros, más que de contar con el derecho o con el poder* (p. 59). Para mí, esta capacidad de la que hablas me lleva a pensar en ese sentido de fiarse que siento que me da medida y me abre a la capacidad de ser. Es una experiencia convertida en invención política exquisita en la política de mujeres que yo he conocido. Te preguntaría: ¿cómo salvar los obstáculos para hacerla circular, según tu experiencia política, entre otras y otros que están apegados a la política del derecho, de la justicia?

Luisa Muraro

Muchos han notado que en esta sociedad hay algo que se pierde, y es precisamente la confianza en los demás. Es un daño grave, un daño que no se repara. Lo escribió *The Wall Street Journal* cuando hubo un escándalo: si hay un bien que no se puede comprar, es la confianza y, si se pierde la confianza, es un bien absoluto lo que se pierde. Tú preguntas qué hacer para salvar los obstáculos. Tengo que decir que no lo sé. Pienso que una dirección de trabajo es pedir y luchar por una política con menos mediaciones, más directa. Por eso me intereso siempre por la tasa de burocracia que hay. Pasa también en el lenguaje. Hay un lenguaje especializado, sea en el campo político o en el científico, que impide la comunicación de las experiencias y que así impide que se pueda tocar a lo otro. Esta especialización

del lenguaje, de lo simbólico, tiene el mismo efecto que la burocracia en el gobierno de lo público. Parece que todo esté en orden, pero lo que falta es el riesgo y también el placer de las relaciones. Falta tanto en el lenguaje que usamos, que se convierte en una construcción convencional, como en la vida que vivimos. Pero esta no es una respuesta a tu pregunta. Yo combato esos obstáculos, exactamente como harás tú. Me parece que en la sociedad, según van estando las mujeres en los lugares públicos, muchas propician en los lugares públicos situaciones de comunicación confiada entre ellas, que afectan sin solución de continuidad a sus vidas personales. Pienso que una respuesta sería que todo esto sea mostrado y narrado. Que sea traído a la luz el hecho de que ciertos lugares, como mi universidad, se tienen en pie porque existe esa comunicación confiada directa entre mujeres que consiguen entrar en relación y entender bien lo esencial.

Olga Parra

Sobre esa comunicación directa que acaba de decir, la pregunta sería cuál es la estrategia que propone una relación directa con la realidad, no una comunicación directa entre una persona y otra. En su libro anterior, *El orden simbólico de la madre*, entendí que lo que se buscaba era un imaginario paralelo o un imaginario diferente femenino para poder comunicarse a nivel grupal, no solo entre una persona y otra. Ese orden simbólico de la madre de su primer libro a mi entender era una forma de crear un imaginario femenino, unos conceptos nuevos, crearlos para poder comunicarnos mejor o expresarnos mejor entre nosotras. Con este nuevo libro, *El Dios de las mujeres*, que evidentemente el título es un disparate y me ha hecho reír bastante, cómo se hace eso a un nivel más general. No tenemos comunicación a un nivel más grande de mujeres. ¿Cuál sería la estrategia que propone?

Luisa Muraro

Me gusta muchísimo la palabra estrategia, la idea. Sí, de eso se trata. Dice

usted que no tenemos lenguaje. Pero el lenguaje está naciendo aquí. El lenguaje nace cuando se percibe su falta: esto es una lengua viva. Cuando se buscan las palabras, algo pasa. Aunque sea pobremente, está ya. Aquí entre nosotras hay seguramente una artista, una poeta, y su corazón y su cabeza ya están trabajando para nosotras y mañana tendremos un poema, quizá. Otra cosa que creo que ha dicho es de nuevo sobre como si fuera necesaria una gran organización. No, no. Nuestra organización es el lenguaje y las relaciones directas. Cuando le pasa algo rico a una mujer hoy en día, no es como ayer, que todo habría podido desaparecer. Hoy, cuando algo importante pasa a una, dos, tres mujeres, eso está pasando de verdad, es algo real que no se perderá. No lo digo como algo mecánico ni garantizado, no, pero hoy lo que una mujer vive ya no es vivido en pérdida porque hay una sociedad de las mujeres y una lengua de las mujeres. Las mujeres se hablan y son conscientes de que lo que se dicen tiene peso, es importante. No hace falta, pues, una organización, porque la organización la da la práctica de la relación en esta sociedad femenina y la lengua que nos hablamos. Esto no se pierde. En un debate público sobre este libro, en Roma, una mujer de la radio me preguntó sobre el título y después dijo: tú dices que hablas de las mujeres porque te interesa hablar de Dios; yo pienso que tú hablas de Dios porque te interesa hablar de las mujeres. Este es el punto de la estrategia: hablar de Dios para hablar de las mujeres, de las mujeres para hablar de Dios.

Pilar Babi Rourera

En la lectura del libro me llamó la atención que se habla mucho del cuerpo de las mujeres, de la percepción del cuerpo de las mujeres, de su sentido. Y que se habla en dos sentidos. Me ha parecido que a veces lo místico resignifica el cuerpo de la mujer, y que a veces desde el cuerpo de la mujer se entiende la mística. Me pregunto qué podemos heredar de la experiencia mística para vivir la experiencia del cuerpo actual, que a veces, no siempre, parece un poco pusilánime, un poco mezquina, un poco pequeña, aunque haya experiencias muy grandes y de gran coraje.

Luisa Muraro

La experiencia que se dice mística tiene un sentido religioso que se daba a este tipo de vivencia femenina. Las propias mujeres decidieron dar sentido y valor a esta experiencia. En esto mostraron mucho valor, mucha valentía. Cuando algunas –todo un movimiento de mujeres- empezaron a hablar de su cuerpo y a escucharlo, cambiaron el curso de la mística. Los autores lo han notado: compareció un cuerpo femenino. De ellas podemos heredar el ejemplo de su valor, de atreverse, de osar. Ellas introdujeron una palabra muy querida por nosotras: el deseo. De ellas podemos aprender –lo digo con palabras de Jacques Lacan, que era lector de las místicas, uno de los primeros que leyó a Hadewijch de Amberes (traducida al francés, ya que ella escribió en un dialecto flamenco difícil)- a no ceder nunca en el deseo. A no ceder nunca sobre el deseo. Cuando tienes un deseo, conservarlo como lo más precioso que tienes. El deseo es lo que da fuerza al cuerpo viviente. Estas místicas hablaron siempre del lenguaje del deseo, en pleno medioevo. Y el cuerpo puede ser joven o viejo, da igual. Nos dejaron el deseo femenino osado, sin vergüenza.

Nuria Beitia Hernández

Pues yo tengo un deseo. Más que una pregunta, tengo ganas de decir una cosa y tengo ganas de agradecer. Quiero darte las gracias por haber escrito *El Dios de las mujeres*. Quiero decirte que me ha abierto la puerta a una vacación reconectándome con la felicidad de estar viva. Tardé unos meses en ponerme a leerlo. Al principio no podía, me parecía espeso. La verdad es que la que estaba espesa era yo pues mi pensamiento constreñía y encarcelaba mi experiencia en una interpretación y llegué a creer que eso que veía era toda mi realidad. Un día, después de un berrinche grande, cogí tu libro y lo leí de un tirón (bueno, de tres, pues fueron esas las noches que tardé en devorarlo, en saborearlo y en gozarlo). Lo devoré porque tenía un hambre atroz, tenía la necesidad imperiosa de encontrar sentido en un momento de mucha incertidumbre y desconcierto. Lo saboreé al reconocer en tus palabras, preciosamente encontradas y dichas, relatos de mi expe-

riencia vivida, de mi anhelo de ser. Y lo gocé porque acaeció lo que parecía imposible: me sentí llena de paz, de felicidad, de fuerza y de alegría. Para preparar este acto, me propuse pensar una pregunta, pero al final no lo hice porque el deseo de tener razón volvió a colapsar mi capacidad creadora. Esta mañana la he tenido libre; he tenido, por tanto, tiempo para escribir. Esta mañana yo tenía que ir a un juicio que se ha aplazado. El padre de mi hija me ha demandado. Pide la custodia de mi hija alegando que la salud de la menor corre peligro porque no está vacunada y porque cuando la niña tiene fiebre alta yo hago prácticas esotéricas. No dice cuáles son, no adjunta pruebas, solo acusa. Estos días pensaba en los archivos judiciales medievales, en tantas y tantas acusaciones contra mujeres de ser bruja, hereja. Por un lado me alegra que, al fin, me haya llamado bruja y no haya refugiado su enfado en un mortífero silencio o sobre una moto e ir a gran velocidad. Intento mirar de frente la rabia y, tal vez, el miedo que hay en su acusación. Veo su deseo de poder y su falta de reconocimiento, y también estoy intentando ver lo que hay de mí en todo eso. Su acusación, llevada a lo público, me duele mucho. Me duele en el orgullo y en la confianza –tú has hablado antes de la confianza-. Me pregunto, con una mezcla de curiosidad, de vanidad y de rabia, si dentro de unos siglos alguien encontrará esos documentos y se interesará en recomponer una historia. Me pregunto si se hace necesario proteger mi honor. Me pregunto si es una herida al sentido de lo femenino libre. Me pregunto también si es una tontería que me tiene entretenida y así no me hago cargo de lo que de verdad importa. Al final de tu libro dices: *no hace falta que hablemos tanto de Dios, bastará con estar ahí y amar, sin hacer mucho bullo* (p. 203). Creo que eso es cierto, y a la vez creo también que es necesario decir, traer con la palabra el mundo al mundo, nombrarlo para dotarlo de existencia simbólica. Quizá no hace falta hablar cuando algo ya está sabido, es decir, cuando se ha sentido desde el ser cuerpo. Pero a mí hablar me gusta. También me gusta escuchar y leer, que es casi lo mismo. La palabra nos lleva a claros de bosque y también a más lagunas. La palabra me fascina y me enreda. Yo tengo deseo de que sigamos hablando de Dios, de las mujeres, de la libertad, de la vida. De que sigamos en diálogo. Gracias.

Luisa Muraro

Gracias a ti. Te deseo que sigas por esta ruta de escribir, si te gusta. Es un camino duro, pero sigue; haciéndolo, salvas ya un obstáculo, porque los encontrarás. Escribir es doloroso. No tiene nada que ver con la inspiración: es otra cosa. Tiene que ver con acoger las palabras que han salido; o no acogerlas y, entonces, romperlas. Hay mucho sufrimiento para mí en el escribir.

Carmen Chaves Rubio

Cuando relacionas el llegar a ser con aprender a usar lo otro, hablas de lo que dice Winnicott sobre el saber usar al otro, y lo que yo no entiendo es lo que tú dices, o él dice, que esto significa acceder a su realidad y poder disfrutarla como un recurso independiente de mí. Más adelante dices *que en este pasaje, elemental pero no obvio, hay violencia y nace amor. Y que en todo amor real hay fantasía de destrucción, del mismo modo que toda creatividad nace del amor* (p. 46). Este párrafo me atrae mucho pero no acabo de entenderlo.

Luisa Muraro

¿Hay algo que te parece oscuro? Es todo el tema de usar al otro, disfrutarlo, que es como una salida del solipsismo, de la autosuficiencia: una verdadera salida. No que me coma al otro. El otro se queda como real pero es un real que puedo disfrutar. El arte de usar al otro es una cosa importante que Winnicott explica y les dice a sus colegas psicoanalistas: otro destino no podemos pedir al cielo mas que el de que alguien nos descubra y nos use. ¿Es la idea de usar al otro lo que te parece oscuro?

Carmen Chaves Rubio

Para mí lo oscuro es la parte en la que dices que además del amor está o surge la violencia.

Luisa Muraro

Es también un pensamiento de Winnicott pero que me parece muy claro: cuando la relación con otra persona se vuelve de esta naturaleza, las cosas se vuelven violentas. No son relaciones tarará tarará, porque son relaciones en las que se transmiten cosas de la vida, como comer carne humana. Es algo muy fuerte. A este nivel, las cosas se vuelven violentas, se soporta que haya violencia, y de esta manera nace el amor. Esta es una idea de Winnicott que me parece potente y que se puede explicar pensando en la relación entre la mujer madre y su criatura. Se comen, hay violencia y hay amor; pero podemos vivirla de adultos si practicamos la relación, por ejemplo. Cuando eliges que esta es tu política, la práctica de la relación con otra persona y con personas que no conoces o que conoces muy bien, no siempre las relaciones son fáciles. La práctica de la relación no es idílica. La práctica de la relación es atenerse a ella también cuando las cosas son difíciles. Y ¿por qué atenerse a ella? No por una cuestión ideológica del tipo "he elegido la práctica de la relación". Te atienes a ella porque sientes que la dureza y la violencia que puede haber, te nutren. Ahí descubres verdaderamente quién es el otro, quién es la otra. Aguien habló de la mezquindad. Hay una mezquindad femenina que aquí querría resaltar. Es que cuando las cosas se vuelven difíciles, hay mujeres que se van, que rompen, que desaparecen. Esto es pequeñez, es mezquindad, porque es ahí donde las cosas se ponen interesantes y es el momento de estar ahí, de atenerse a la relación. Hay bastantes mujeres que se van, que no luchan con su violencia, que nace en el interior. Y gracias por recordar este punto del libro, que es de Winnicott.

La relación entre Dios y las mujeres de la tradición mística no es siempre una buena relación. A veces es muy violenta. En Hadewijch de Amberes hay verdaderas peleas entre Dios y ella.

Marta Caramés Boada

Me gustaría que hablaras del amor y del dolor, y voy a ver si lo sé preguntar. Me

voy a ayudar con un trocito del libro: *La cuestión del amor –repito- está en detenerse antes, detenerse en la carencia y seguir, sin embargo, existiendo, vivir en el desequilibrio de lo menos y lo más, con tal de que sea en relación con lo otro, ir y venir entre la alegría de la presencia y el dolor de la ausencia, porque solo el amor sabe cuándo viene y cuándo se va* (p. 163). A mí me encanta este fragmento en especial y me hacía pensar en el amor como pasaje, que creo que vas explicando en el libro. Y me preguntaba si podríamos poner en palabras si el dolor podría ser también pasaje. Y ahora cuando escuchaba lo de la experiencia de notar la violencia en las relaciones, pensaba en esto también. Pero cuando leía este párrafo e intentaba pensar en el dolor como pasaje, lo hacía a partir de una experiencia de hace unos días en que estuve en el funeral de la madre de un niño de cinco años que se murió este verano. Fue un funeral muy bonito, emotivo y duro, y salí con una alegría muy triste, con una sensación de que el dolor abría algo, me conectaba con lo humano, me hacía sentir en el mundo viva, en el centro de lo que importa. Y pensaba, al volver a leer este trozo, si se podía pensar en el dolor como pasaje.

Luisa Muraro

El dolor es verdaderamente difícil. La experiencia del dolor como reflejo en este caso tuyo se puede aguantar pero el dolor de quien ha perdido lo que quería, es otra cosa. Es algo que paraliza, no hay pasaje. Es necesario esperar que se vaya y vuelva la alegría. El punto es que yo hablo escuchando a las mujeres que escriben y ellas dicen que hay un amor que acepta esta condición. Yo no tengo una experiencia muy elevada del amar, no soy una mujer muy amorosa. Una experiencia cercana a esto la he tenido solo con mi nieto. He intentado rechazarlo porque no podía aguantar este niño que se hacía fuerte y me parecía antipático, pero lo amaba. Entonces sentí el dolor de esperar que algo bueno vuelva a nuestra relación, no podía alejarme en este sentido. Pero soy una que ama poco y que aguanta muy poco el dolor, muy poco, una que se defiende muchísimo. Escucho de lejos o de dentro, sí, algo que está. El pobre niño de tu historia ha perdido a su madre demasiado pronto. ¿Este era tu dolor, la pérdida de la madre por este niño?

Marta Caramés Boada

Yo no la conocía mucho mucho, no éramos amigas. Pero ese niño está con mi hija cada día en la escuela, y yo creo que lloraba por mí, que sentía dolor, me sentía como cercana y, no sé, era como sentir que eso está en la vida también, la muerte.

María-Milagros Rivera Garretas

Son las nueve y cuarto ya. Vayamos terminando. Muchísimas gracias. Un aplauso para Luisa.

Luisa Muraro

Gracias a esta casa, gracias a vosotras.